

VICENTE ALFONSO  
ESCRITORES EN EL METRO

FRANCISCO HINOJOSA  
DE CURAS E INCURABLES

CARLOS VELÁZQUEZ  
VINYL IS NOT DEAD

NÚM. 164 SÁBADO 01.09.18

# El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]



Ilustración > Norberto Carrasco > La Razón

**HUBERTO  
BATIS**  
(1934-2018)

## LAS LECCIONES DEL MAESTRO

ROCÍO BARRIONUEVO • ADOLFO CASTAÑÓN • GUILLERMO FADANELLI  
ALBERTO RUY SÁNCHEZ • ENRIQUE SERNA • FERNANDA SOLÓRZANO • NAI EF YEHYA

*Hace unas décadas, el taller sabatino de Huberto Batis (1934-2018) fue una experiencia iniciática, de aventura y hallazgo, aderezada por los altibajos de un temperamento que podía ser tan generoso como explosivo. Pero lo que “estaba en juego”, apunta Adolfo Castañón, era “un arte de la lectura”, la imaginación y la crítica, cuyo ejercicio se extendió más tarde al suplemento sábado y sería definitivo para varios de los escritores más notables en la actualidad —por cierto, tan diversos en sus intereses y registros como las facetas múltiples del maestro y editor que recuerdan en estas páginas.*



## EL TALLER

# DE HUBERTO BATIS

ADOLFO CASTAÑÓN

Resulta que conocí a Huberto desde 1969, antes de entrar a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de que lo eligiese como maestro. Lo encontré en la casa de unos amigos suyos, Enrique Alatorre Chávez —hermano menor de Antonio— y Yolanda Guzmán, los padres de una compañera amiga mía en la Preparatoria 6, Yoli, Yolanda Iris Alatorre Guzmán, y de Enrique chico, Argel. Ellos eran amigos suyos desde la época lejana en que llegó a México. Enrique, Yolanda, Antonio y Margit formaron el Grupo Alatorre, que cantaba canciones del Renacimiento en los años de Poesía en Voz Alta. Cuando entré a la Facultad, yo ya conocía a Batis. Ese conocimiento se transformó pronto en amistad a través de las clases, las lecturas, las experiencias en el taller de los sábados.

A Batis le gustaba la idea de ser no sólo un profesor de literatura y de teoría literaria, sino de encarnar la figura de un guía y de un maestro de vida, por así decir. Por eso se complacía en organizar excursiones e incursiones nocturnas a cabarets, centros nocturnos de mala muerte, teatros de revista populares, espectáculos al estilo de los que podía montar La Tigresa, u otros como las funciones en ese otro Palacio de Bellas Artes que fue el Teatro Blanquita, donde temblaban al ritmo

de los tambores los perímetros de Tongolele. Estas escapadas nocturnas tenían gran éxito entre los estudiantes tanto de la Ibero como de la Nacional. Debo confesar que, a pesar de mi admiración casi incondicional por el maestro, estas incursiones a los bajos fondos nunca fueron del todo de mi gusto. En parte, porque yo ya los había conocido gracias a mi padre deseoso, él también, de consolidar mi primera educación sentimental. Aunque mis compañeros y el propio Huberto se burlaban de mí, yo prefería no acompañarlos y quedarme a leer. Y, por razones fortuitas, me salvé de acompañar a los legionarios batistas al Festival de Avándaro que luego reseñaría Elena Poniatowska en el número uno de *Plural*, en octubre de 1971.

Huberto nunca dejaba de hablar. Después de pasar un día entero con él, yo llegaba a la casa ávido de silencio.

Al regresar de mi viaje a Europa ya no lo seguí viendo como antes. Eso no impidió que Huberto Batis fuese uno de los testigos de mi boda con Marie, celebrada el 11 de abril de 1975, junto con Federico Campbell, Ana María Cama, Victor Kuri y Raúl Noriega, el editor y político cardenista que hizo aquellos estudios sobre el calendario azteca que Octavio Paz citó en la primera edición de *Piedra de sol*.

DIRECTORIO

**El Cultural**

[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**

Director  
@sanquintin\_plus

CONSEJO EDITORIAL

**Julia Santibáñez**

Editora  
@JSantibanez00

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.  
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Subdirector General • Adrian Castillo Coordinador de diseño • Carlos Mora Diseño • María Fernanda Osorio

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 10

“EL RITUAL DEL TALLER SE DESARROLLABA EN EL JARDÍN QUE SE ENCONTRABA AL FONDO DE LA CASA. CONSISTÍA EN LA LECTURA EN VOZ ALTA DE UNA OBRA O DE UN TEXTO COMPLETO, A VECES DE UN FRAGMENTO DE ALGÚN EXTRANJERO NOTABLE”.

II

El taller de Huberto Batis tenía lugar todos los sábados hacia las doce del día, en su casa de Tlalpan, en la calle de Matamoros. A aquella casa de varios pisos, llena de libros y revistas, estaban invitados algunos alumnos elegidos por aquel preceptor riguroso y lleno de historias. Guillermo Sheridan, Magolo (Magdalena Sofía Cárdenas), Francisco Hinojosa, Luis Cortés Bargalló, Gabriela Dupeyron, Alberto Ruy Sánchez, Margarita de Orellana, Alberto Blanco, Paty, su esposa, Coral Bracho, Marcelo Uribe, Maricruz Patiño, José Manuel Pintado, Katya Kaso, Verónica Volkow, Alfonso René Gutiérrez, entre los que recuerdo. La casa se transformaba esos días en una *open house*, puertas abiertas al día de campo de aquella academia secreta que sesionaba en el jardín de atrás, alrededor de las lecturas sugeridas por el docente o las composiciones de los asistentes. Aparecían por ahí algunos amigos (Inés Arredondo, Isabel Fraire, Víctor Villela). Batis era crítico, bibliógrafo y fichógrafo, investigador acucioso de los índices de la revista *El Renacimiento* de Altamirano, que le sirvieron para hacer su tesis de maestría. Promotor entusiasta en su juventud de *Cuadernos del viento* junto con Carlos Valdés, editor de los *Cuadernos de Bellas Artes*, reseñista de *La cultura en México* y de *México en la cultura*, colaborador de *Metáfora*, donde publicó su cuento “El pirómano”. Más tarde, Batis sería el editor de *sábado de unomásuno*. Aquellas reuniones sabáticas seguían una agenda en apariencia libre, pero estaban guiadas por una idea o respondían a una voluntad de lectura y revisión crítica de obras o fragmentos de obras que le parecían importantes al exseminarista y que tenían que ver con los autores cuyas lecturas compartía con algunos amigos de su generación, que en algunos casos fueron también nuestros maestros: Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo.

El ritual del taller se desarrollaba en el jardín que se encontraba al fondo de la casa. Consistía en la lectura en voz alta de una obra o de un texto completo, a veces de un fragmento de algún extranjero notable: “La portuguesa” de Robert Musil, *Los acantilados de mármol* o *El tratado del rebelde* de Ernst Jünger, *Por el canal de Panamá* de Malcolm Lowry o algún diálogo o fragmento de Platón. Luego de aquellas lecturas maratónicas que podían durar horas, se daban comentarios e intercambios críticos sobre las obras leídas. A veces leíamos cosas de nuestras

cosechas, pero por lo general nos apegábamos a textos como *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll o *La lógica del sentido* de Gilles Deleuze (creo que no entendíamos mucho algunas de aquellas lecturas), o bien de algún amigo de Huberto como *El libro* o *La vida perdurable* de Juan García Ponce. Esa lista se complementaba con la otra desarrollada en sus clases. Batis impartía diversas materias en la Facultad, como Teoría literaria o el Seminario de revistas literarias. En esos días leí la *Teoría literaria* de René Wellek y Austin Warren, las *Cartas sobre la educación estética de hombre* de Friedrich Schiller, además de los *Monólogos* de Friedrich Schleiermacher y en especial el dedicado a la traducción, las novelas de J. K. Huysmans, en especial *À rebours* [*Al revés* o *Contra natura*], novela que despertó entre algunos de nosotros —como Sheridan y yo— una suerte de culto, los *Cuentos crueles* y *La eva futura* de Villiers de L’Isle-Adam, y muchas veces tramos y capítulos de *El arco y la lira*, de Octavio Paz, un libro en el cual le gustaba demorarse. Esas lecturas suponían otras que debíamos haber hecho antes o que tendríamos que hacer algún día, como *Los raros* de Rubén Darío, los poemas y cuentos de Borges, o los ensayos de Reyes.

Con Huberto aprendí el arte de hacer fichas, cédulas, resúmenes, sinopsis, esquemas y compendios de lo leído. No era poca cosa.

III

Más allá de los nombres y títulos de las obras leídas, más acá del anecdótico pintoresco del maestro que dejaba subir a su Javeline blanco de dos puertas a una tribu de alumnos, estaba en juego un arte de la lectura. A ese cuádrivio humanístico lo definían ciertos parámetros: la libertad que imponía al lector un doble movimiento: el respeto de lo que el autor pensaba —o de lo que el autor pensaba que pensaba— y el respeto de sí mismo que debía observar el lector ante el texto, entendiendo o comprendiendo en sí mismo todo lo que



el lector era, la probidad intelectual necesaria para dejar que el texto hablara por sí mismo. Recuerdo una lectura del cuento “La portuguesa” de Robert Musil en la que el texto fue leído primero por una voz masculina y luego por otra femenina. Esos ejercicios que yo llamo de probidad pasaban desde luego por la consulta del o de los diccionarios. ¿Habíamos entendido al autor —digamos a Longino— cuando usaba la palabra “sublime” que titula su tratado? Aquel Huberto estaba lleno de imaginación crítica, se esforzaba y nos invitaba a imitarlo encontrando paralelos, semejanzas, correspondencias, oposiciones, estructuras. No era siempre el Batis anecdótico y pendenciero que luego se hizo popular.

IV

Acostados sobre el pasto-alfombra de aquel jardín que parecía navegar en el tiempo —como uno de esos jardines errantes evocados por Jean-Clarence Lambert y Octavio Paz— leímos y aprendimos a leer. También aprendimos a expresar nuestras opiniones y a defenderlas con argumentos, a escuchar a los otros. A diferencia de lo que sucedía en el salón de clase formal, en aquellas sesiones Batis casi no hablaba. Se limitaba a orientar la conversación con breves acotaciones, movimientos de espuela para avivar el caballo de la conversación. La prueba de fin de año de alguno de sus cursos consistió en escribir una autobiografía precoz, a la manera de las que su amigo Emmanuel Carballo había encomendado a Carlos Monsiváis, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Sergio Pitó. Yo, desde luego, acometí o cometí la mía. Batis debe haber comentado algunas de las tareas encomendadas a otros alumnos de otros grupos. El hecho es que el chileno Nelson Oxman me pidió prestada la mía. Recuerdo vagamente ese ejercicio y debo conservarlo, pues años después apareció Nelson en las oficinas del Fondo de Cultura Económica de Universidad y Parroquia para devolvérmelo. Me sorprendió el gesto y le pregunté por qué lo hacía. Me dijo que sabía que tenía sida, que moriría pronto y prefería irse de este mundo sin cierto tipo de deudas. No sé cuál sea el destino de los papeles y libros de Huberto. Hago votos porque se guarden y ordenen, aunque eso representa un enorme desafío.

V

Debe haber en esa biblioteca y en esos archivos cantidad incalculable de papeles, fotografías, manuscritos de sus generaciones de alumnos, tesis, revistas. Huberto Batis fue uno de los más raros profesores y amigos que encontré en mis primeros años. Más tarde, me lo volvería a encontrar en diversos escenarios. La nostalgia de aquellos años, entre 1971 y 1973, no sólo es de él sino de la atmósfera que logró crear en su casa y en la que

dio albergue a eso que no puedo llamar sino una generación a la que dio conciencia de sí misma. Durante esos años fui seguidor de Huberto. Cuando era posible, lo acompañaba a entregar trabajos para el departamento editorial de la SEP, donde se publicaba la benemérita colección semanal SEP-Setentas —organizada por María del Carmen Millán, Alí Chumacero y en la que colaboraba Felipe Garrido. O lo acompañaba a visitar, al terminar las sesiones de los sábados, a algún amigo. Recuerdo en particular la

impresión que me produjo la visita a Juan Carvajal, el poeta y traductor que vivía en Tepoztlán. Juan era admirador de Ezra Pound, como Salvador Elizondo, Jaime García Terrés, Hugo Gutiérrez Vega y Teresa del Conde. Se sabía algunos *Cantos* de memoria y, entre copas de whisky y bocanadas de humo verde, los recitaba de memoria con grandilocuencia no exenta de estudiada teatralidad. Todavía resuenan en mis oídos las palabras de Elpenor en el "Canto I" de *The Cantos* de Pound, "Ill fate and

*abundant wine. I slept in Circe's ingle*", que Carvajal nos espetó a Alberto Ruy Sánchez, Margarita de Orellana, Katya Caso, Huberto y a mí. Me quedé hechizado por el impulso lírico como una cobra ante el flautista que la sabe sacar de su siesta en el cesto. A mediados de 1973 fui a despedirme de Huberto para emprender un largo viaje que yo mismo me había financiado, un *grand tour* hacia Europa y el Medio Oriente, con un boleto que sólo era de ida. A veces pienso que nunca regresé... ■

## EL JOVEN BATIS

GUILLERMO FADANELLI

"Escritores buitres", llamaba Huberto Batis a aquellos que, en cuanto moría alguna celebridad de las letras, se presentaban a su redacción con un ensayo o artículo sobre el recién fallecido. Apenas corría el rumor de la enfermedad mortal estos buitres se daban a la tarea de preparar la monografía oportunista y a contar los minutos antes del deceso para ponerla en posesión del editor. "Y ni modo, mano —me decía Batis—, había que publicarla sea para honra o deshonra del muerto. Es la premura de los periódicos". En su oficina pasábamos entre cinco y seis horas conversando mientras corregía los artículos, recibía a sus colaboradores y atendía las llamadas por teléfono que le anunciaba su sempiterna secretaria Aída. Su oficina conservaba la puerta abierta y cualquiera podía colarse sin ser anunciado, pero sólo si tenía los arrestos suficientes para soportar los embates de ira o la mirada furiosa de Batis. Su temperamento fluía hacia varios rumbos y su carácter intimidaba al más valiente u osado. El tiempo nos hizo amigos y durante una década en la que colaboré en el suplemento *sábado*, del periódico *unomásuno*, jamás fue impertinente o violento conmigo. Al contrario, su secretaria tenía órdenes de obligarme a entrar a la oficina en vez de dejar mis páginas escritas a máquina en manos de ella. Las consecuencias de nuestra relación

"LO RECUERDO BAILANDO ENTRE UNA MULTITUD DE GÁRRULOS CON SU COMPAÑERA PATRICIA Y SIENDO UNO MÁS ENTRE LA MULTITUD DE JÓVENES DROGADICTOS, ARTISTAS Y DILETANTES".



Huberto Batis, en su casa estudio de Tlalpan, enero de 2015.

tuvieron enorme trascendencia en mi vida, ya que me aproximé al conocimiento de la cultura mexicana en todos sus aspectos (historia, arquitectura, cine, filosofía, etcétera), no sólo desde la lectura, sino a partir del relato biográfico de sus autores. Cuántas conversaciones por teléfono le escuché a Batis sostener con Elena Garro, quien le llamaba cada vez que tenía algún problema con uno de sus gatos. En cierta ocasión y a su pesar Huberto tuvo que comunicarse con el gobernador de Morelos porque Elena, ya senil, había olvidado a uno de sus tantos gatos en un taxi y se hallaba inconsolable. Sobra decir que el gato apareció, más tarde que pronto, a las puertas de la casa de Elena. Ojalá los políticos atendieran así los asuntos públicos urgentes.

A Batis le animaba rodearse de jóvenes, los procuraba siempre y cuando detectara en ellos alguna clase de talento; nos relataba anécdotas

íntimas de los grandes escritores y despotricaba contra quienes utilizaban la política y sus relaciones sociales para escalar en la pirámide de las letras y gozar de privilegios que su talento no merecía. Acerca de una escritora contemporánea suya y hoy en día muy considerada —académica notable—, Batis afirmaba que su aportación a las artes sería notable si abandonaba la escritura de ficción y abría una agencia de viajes. Las visitas de Huberto a mi departamento llegaron a ser frecuentes; lo recuerdo bailando entre una multitud de gárrulos con su compañera Patricia y siendo uno más entre la multitud de jóvenes drogadictos, artistas y diletantes. Nuestras comidas resultaban también pantagruélicas e interminables; entre ambos nos bebíamos más de una botella de brandy mientras desatábamos los nudos de la condición humana. Era un hombre de una cultura

notable y extendida, pero sobre todo le interesaba el aspecto vitalista y en movimiento de todo conocimiento que los expertos o eruditos acostumbran paralizar para tornarlo un dogma y obtener beneficios. Siempre deseó ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, sin embargo tenía allí una cantidad considerable de enemigos, los cuales aún se mantienen estáticos en sus lúgubres y honorables sillas. Los miércoles por la noche los dedicaba Huberto a cenar con Juan García Ponce, el escritor mexicano que más admiró y cuya amistad representaba para él uno de sus mayores privilegios. Me detengo ahora; se me ha pedido que narre sólo alguna anécdota suya, pero el espíritu charlista de Batis y una imaginaria botella de brandy me hacen soltar la lengua y alargarme demasiado, pese a no considerarme un *escritor buitre*. En el futuro rendiré las cuentas necesarias. ■

Una avalancha sensorial emana de la pluma de Alberto Ruy Sánchez al evocar el privilegio de asistir a dos tertulias literarias animadas por figuras primordiales de la literatura y el periodismo cultural en la segunda mitad del siglo XX mexicano: las reuniones y los ritos celebrados una vez a la semana con Juan García Ponce y Huberto Batis como anfitriones y guías. Aquellas tardes en que sucedía "algo único e irremplazable", con la presencia del olfato como clave literaria decisiva.

# A LA BÚSQUEDA DE UN OLOR

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

**H**oy la muerte de Huberto me recuerda un olor. Es terrible y natural que la muerte de los amigos despierte una avalancha de recuerdos, sensaciones e ideas. Y que esas estampas se mezclen, muchas veces de manera inesperada, con lo que vamos viviendo. Es nuestra manera de prolongar su presencia, de darle nueva vida. Aunque los hayamos dejado de ver algún tiempo mientras vivían.

Es un mecanismo instintivo que las sociedades convierten en ritual. Está en la raíz de nuestro Día de Muertos en todas sus variantes. Los escritores lo han convertido en figura literaria: "La presencia en la ausencia". Robert Musil lo puso en escena llevándolo de la muerte al amor. Un deseo tan intenso en ciertos momentos que los hermanos separados en su infancia que se identifican al reencontrarse hasta desarrollar un amor que parece imposible, Ulrich y Agatha, se unen y tienen orgasmos sin estar presentes. Juan García Ponce interpreta esa unión como una mística atea. Y él mismo, en su inmovilidad forzada, desarrollará una erótica de la más alta intensidad a través de la mirada, alimentado por las teorías místicas del quietismo. Voyeurismo y contemplación, como lo expuse en mi ensayo sobre su maravillosa novela *De anima* y la búsqueda que encarna (en *Cuatro escritores rituales*).

Leer a Musil, a Klossowsky, a Broch y otros con Juan García Ponce en los seminarios de su casa fue un privilegio enorme. Ya en su silla de ruedas, sin poder controlar las piernas y casi nada los brazos, pero todavía capaz de hablar fluidamente, entraba en una especie de trance contando y analizando cada escena. Los libreritos ocupaban la mitad baja de todos los muros y una colección maravillosa de cuadros de artistas de su generación, la más alta. Retratos de escritores en blanco y negro por aquí y por allá, sobre todo encima de su escritorio, nos miraban fijamente.

Una piedra de río coronaba el montón de hojas mecanografiadas en las que estaba trabajando. Probablemente había dictado esa

mañana las últimas. A la hora y media exacta de estar hablando, como poseído por los autores de los que nos hablaba, se detenía. Como muchos de los libros que comentaba no se conseguían en México ni estaban todavía en bibliotecas, nos prestaba los suyos para llegar a la siguiente sesión habiéndolos leído. Pasábamos otra hora comentándolos. Ya para entonces llegaba Huberto Batis a visitarlo y nos íbamos o nos invitaba una copa, normalmente de martini: esas bellas copas cónicas de vidrio muy delgado y una larga pierna. Huberto lo ayudaba delicadamente a beberla, sosteniéndola con sus manos y Juan la apretaba con los dientes. Al hacerlo, Juan temblaba un poco. Huberto le limpiaba los labios. Y seguía la conversación. Recuerdo el pequeño escalofrío que me invadió al darme cuenta de que todas las copas de martini tenían las orillas ligeramente cascadas. Las había mordido Juan. Y entendí un movimiento rápido de Huberto al limpiarlo. Se cercioraba de que no le hubieran quedado vidrios en la boca. Al beber nosotros en sus copas una extraña comunión confirmaba como un sello el círculo que había comenzado a atarnos al escucharlo en su santuario, al leer sus libros y hablar con él. Además, tanto Juan como Huberto en esos momentos nos volvían cómplices de la fidelísima amistad que los unió hasta el final. Algo único e irremplazable sucedía aquellas tardes. En su amistad con Juan comenzaba el lado luminoso de Huberto Batis.

**LA CITA CON JUAN** era entre semana, la tarde de los miércoles. Magui le llevaba unas galletas que ella había hecho y que a Juan le encantaban. Éramos muy pocos, nunca más de seis o siete. La cita con Huberto era en su casa, los sábados. Si leer con Juan y gozar su entorno fue una gran enseñanza, hacerlo con Huberto fue más bien hundirse en lo más inesperado a lo que puede llevarnos la lectura. Era abrirse siempre a una nueva experiencia. Juan



“LA SESIÓN DEL TALLER DE HUBERTO O LO QUE FUERA, CLASE, SEMINARIO, CONFERENCIA, CHISME DE CAFÉ, NUNCA PARECÍA HABER SIDO PREPARADA PARA NOSOTROS”.

no dejaba entrar al orden espléndidamente estético de su casa. Abría y cerraba las sesiones con el reloj al frente. Comenzaba y concluía su clase en una clara composición de sus ideas. Huberto, en cambio, siempre parecía venir del caos de la vida y llevarnos de vuelta a él. Pero sabíamos que, en medio, algo maravilloso nos sucedería. Su aparente desorden era otra forma de orden. Así como en el aparente sinsentido y absurdo de Lewis Carroll hay otra lógica rigurosa implícita. Huberto en aquellos días estaba fascinado por esa idea que encontró ampliamente explicada en un libro de Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*.

Para empezar, la sesión del taller de Huberto o lo que fuera, clase, seminario, conferencia, chisme de café, nunca parecía haber sido preparada para nosotros. Él nos metía en su ríto, en su ruido, en la avalancha de búsquedas extrañas que lo obsesionaban en ese momento. Y poco a poco íbamos descubriendo las razones de lo que sucedía. Nada quedaba contenido en los libros, aunque todo pasara tarde o temprano por ellos. Algunas veces la lectura de un libro se extendía y se multiplicaba por meses o tomaba caminos inesperados que daban densidad al recorrido. Quedaba la sensación de una continuidad extraña en el mundo entre lo que leíamos, las personas que conocíamos con él, la música, las películas, el arte. El hilo que unía casi toda aquella variedad barroca era Huberto.

**HACE UNAS SEMANAS**, al presentar uno de mis libros, me vino de golpe la lectura hubertiana de las novelas del escritor francés Joris Karl

Huysmans. Especialmente una que se llama *Al revés* (torpemente traducida en España como *A contrapelo* y también, de manera más forzada y evidente, como *Contra natura*). Al comentar en público mi novela *Los sueños de la serpiente* con Jesús Silva Herzog, en el foro de la librería El Péndulo, una amiga creadora de perfumes en la India, Jahnvi Lakhota Nandan, de paso por México, decidió regalarme una versión olfativa de mi historia. Y perfumar ligeramente el auditorio durante la presentación.

Descubrimos un nuevo perfume creado por ella a partir de su lectura como un *collage* compuesto, como mi relato, de un primer desconcierto que se resuelve en memoria (musgo de roble) y conciencia del yo (algas marinas). La idea de la composición de una fragancia como versión de una composición literaria aparece claramente en la novela de Huysmans cuando el protagonista, que es aficionado a la creación de perfumes por placer de artista, crea rimas y concordancias olfativas tomando como estructura dos poemas de Baudelaire, "Lo irreparable" y "El balcón". El nuevo perfume de Jahnvi se llama "Serpiente enroscada".

La noción de que los perfumes tienen una línea dramática y sonora comparable a un poema puede ser fascinante y fue gracias a Huberto que lo descubrimos en la boca de aquel personaje de *Al revés*, Des Esseintes, un extravagante enigmático. Eso



J. K. Huysmans  
(1848-1907).

que en el siglo diecinueve llamaban un decadente. Todo un capítulo estaba dedicado a las flores tropicales que coleccionaba, sembraba en su invernadero y estudiaba. Encontramos bellísimas ilustraciones científicas de cada una. Pero además fuimos con Huberto al Jardín Botánico a buscarlas, a experimentar la fascinación por ellas que habíamos leído.

En otro capítulo, Des Esseintes tiene alucinaciones olfativas. Huele por todas partes una potente flor que no está ahí, el Frangipangi. Que se conoce también por Plumeria y es muy parecida a nuestra Flor de Mayo. Cansado de ese delirio decide buscar olores reales que tal vez desplacen el olor imaginario que lo ha poseído. Des Esseintes sabe que el arte de oler puede ofrecer placeres tan intensos como los del oído o de la vista. Y tiene una completísima colección de

fragancias simples y compuestas. Las que vienen de un solo origen o las que son mezcla de varios y se llaman *bouquet*.

Le fascinaba la idea de que ningún perfume inspirado en una flor puede en verdad ser sólo extracto de ella. Su olor quedaría débil, lejano. Es necesaria una mezcla que lo recree. Salvo el jazmín, que es el único infalsificable. Des Esseintes poseía una colección de las sustancias más extrañas: una verdadera biblioteca de fragancias procedentes de todos los rincones del mundo. Y profundizaba gozosamente en el estudio de su gramática olfativa. Todo podría ser dicho con olores. Viajaba con sus creaciones, en el tiempo y en el espacio. Un día se vio poseído por el deseo absoluto de reproducir un aroma complejo y único. Recordó cuando "de pronto inhaló una lluvia de olores humanos, casi felinos". Emanaban del sexo necesariamente sudoroso de una línea de bailarinas de Can Can quienes, al levantar la pierna hacia el público, con sus faldas onduladas extendían su "bellísima intimidad olfativa" hasta Des Esseintes, que estaba en la primera fila.

Era un olaje contundente que mezclaba fragancias de coño y de tela impregnada de talco y maquillajes, junto con otras esencias poderosas: aceites de resinas de Opopanax traídos del Cairo, Jazmín de Madagascar, Hojas de Ayapana de los Andes. Al reproducirlo, Des Esseintes añadió también esencia de la Magnolia

Concluimos este recuerdo de Huberto Batis con cuatro testimonios de colaboradores, amigos y (con el tiempo) colegas escritores. El primer texto nos llegó por escrito, los restantes provienen de entrevistas y fueron revisados por sus autores.

## EL EDITOR EN SU LABERINTO

### NAIEF YEHYA: UN "PRODUCTO DE SU IMAGINACIÓN"

**EN MÁS DE UNA OCASIÓN** Huberto dijo que yo era producto de su imaginación. He llevado aquella afirmación con orgullo toda mi vida profesional. Durante años, a partir de 1987, cuando entré a su taller de periodismo cultural en el Museo Carrillo Gil, una vez por semana pasaba por el ritual de ir al *unomásuno* por la tarde para entregarle mi colaboración y visitar esa vorágine fascinante y temible de la cultura que era su oficina.

Cuando los tres críticos de cine del diario, Gustavo García (QEPD), Felipe Coria y Andrés de Luna, renunciaron en bloque, Huberto me llamó y me dijo que me presentara de inmediato. Yo le había pedido en más de una ocasión escribir de cine y me había rechazado. Contó muy brevemente lo ocurrido, me preguntó cuál era la última película que había visto y me mandó a la mesa de redacción, que estaba vacía a esa hora, a escribir una reseña, sin datos ni apuntes. "Tienes una hora". En una máquina de escribir hice la reseña de *Pelle el conquistador*, de Bille August. La leyó, corrigió y me dijo: "Publicamos esta chingadera y mientras consigo a un crítico de a veras me entregas dos notas por semana". Por años siguió diciéndome que ya estaba a punto de conseguir a un crítico bueno. Mientras tanto colaboré durante quince años más.

Tuve la enorme fortuna de contar con la confianza, amistad y seriedad de Huberto. Uno aprende de muchos en este negocio, pero sólo puede ser el producto de la imaginación de un solo gran maestro y nunca tendré un orgullo más grande.

### ROCÍO BARRIONUEVO: "NO DEJES QUE TE TIRANICEN"

**FUE MI MAESTRO** en la UNAM, en los ochenta. Era una leyenda por su carácter terrible, así que yo casi no hablaba en su clase. Un día le llevé una colaboración de Enrique Serna, que era mi novio. Se enteró de que yo estaba por quedarme sin chamba y me invitó a ser correctora en *sábado*. Acepté y mi jefe, Víctor Villela, me enseñó el trabajo. Dos años después Villela se fue y Huberto me dio el puesto de editora. Duré cuatro años ahí.

Por suerte mi oficina estaba lejos de la suya, de otro modo yo no hubiera podido trabajar, porque era muy platicador. Me impresionaba su afán por acercar la cultura a la gente, no sólo a los escritores. Decía que los libros eran caros pero cualquiera podía comprar un periódico, así que buscaba interesar a los trabajadores, que el suplemento les diera la opción de conocer varias formas de pensamiento. En parte por captar nuevos lectores creó "El Diván", donde salían chavas en

Champaka procedete del Himalaya y del Sarcanthus u Orquidea Bocona del Mekong. "A todo eso, escribe Huysmans, Des Esseintes sumó una sospecha de goma de Siringa Amazónica para dar a aquel unto tan artificial el toque natural de la flor de la risa, de la alegría que produce sudar bajo el sol".

**AL TERMINAR DE LEER** aquel pasaje, a Huberto le brillaban los ojos y quedaba poseído por la curiosidad. Primero había que averiguar a qué se parecían esas flores y después qué era cada una de esas sustancias. Que, como dijimos, eran siempre mezclas. Un rápido recorrido por las librerías de viejo que había detrás de la Alameda, más lo que ya había en su biblioteca, le permitió completar la primera fase. Después, con un par de perfumeros del Centro logró completar la segunda. Todo tenía otros nombres, algunas cosas hubo que sustituirlas por otras que fueran las más parecidas.

En menos de una semana llegó con nosotros a continuar la lectura del capítulo de los perfumes con un frasco de aquella oleada que hacía que Des Esseintes perdiera la cabeza y un poco todos nosotros también. Habíamos viajado con él, o más bien con Des Esseintes, a una noche delirante en el Can Can de París sin haber estado ahí. Hicimos un ritual de presencia en la ausencia. La manera más poderosa y vital de leer.

Aquella noche, en su casa, festejamos el hallazgo de Des Esseintes y la

**"HABÍAMOS VIAJADO CON ÉL,  
O MÁS BIEN CON DES ESSEINTES, A UNA NOCHE  
DELIRANTE EN EL CAN CAN DE PARÍS  
SIN HABER ESTADO AHÍ. HICIMOS UN RITUAL  
DE PRESENCIA EN LA AUSENCIA. LA MANERA  
MÁS PODEROSA Y VITAL DE LEER".**

razonable locura de Huberto con una botella de vino español de los que importaba su futuro suegro, el padre de Mercedes Benet. Sacó luego una botella de agua y una caja de dulces morados que también había traído del Centro de la ciudad. Nos pidió que probáramos uno dejándolo deshacerse en la boca. Luego quiso que describiéramos el sabor y lo que nos evocaba. Reímos mucho y cada quien invocó cosas muy distintas. Algunas decididamente eróticas.

Al preguntarle luego sobre la esencia clave del aroma de Can Can, el olor de coño sudado, él cambió la conversación. En todo momento guardó total discreción. Pensamos que su silencio, necesariamente, se debía a que esa fragancia faltaba. Una amiga mía me dijo esa noche que la amiga de otra amiga, especialmente olorosa, le había regalado unos mililitros (como el doble de lo que era necesario) en un frasquito que ella dio a Huberto y él llevó al perfumero. Pero ella no quería que se supiera de su donación.

Antes, alguien en su casa le había preguntado si esos dulces eran típicos de México, como los de la tienda Dulces de Celaya. "Se llaman, dijo Huberto, *Perlas de los Pirineos*. Pero el mismo Huysmans escribió que era un nombre ridículo. Veán el capítulo nueve, página 180, creo". Cuando fui a esa página me enteré que se trataba de unos dulces que Des Esseintes adoraba y que describe minuciosamente como "una gota de perfume de Orquídea del Mekong y una gota de esencia de coño cristalizadas en un poco de azúcar: tienen el poder de penetrar las papilas de la boca y evocar sabores de agua un poco alterada por vinagres raros, y besos muy profundos, impregnados de los olores más fuertes del amor". Huberto no había desperdiciado nada de su milimétrica donación.

Esa forma de leer como experiencia múltiple, solar, esa búsqueda extraordinaria era típica de la actitud de Huberto y lo pinta, casi, de cuerpo entero. La literatura era vital o no era nada. ■

minifalda. Por cierto que al principio me pedía que lo acompañara cuando retrataba a las chicas, le daba miedo que se malinterpretara, así que yo siempre estaba de *cuidadora*.

El trabajo implicaba desvelos. Yo estaba casada y nunca hubo problema, pero cuando me embaracé lo hablé con mi entonces esposo y pensamos que iba a estar difícil conciliar mis horarios. Cuando fui a renunciar Huberto contestó: "No dejes que te tiranicen". Como amaba el trabajo, me convenció de quedarme, pero era muy pesado para mí combinar el suplemento y a la bebé. En 1994 por fin me fui, aunque toda la vida mantuvimos cercanía. Siempre fue muy amoroso con mi hija.

**ENRIQUE SERNA:  
"DE QUE LA PERRA ES BRAVA"**

**EN 1985** le mandé a Batis unos textos desconocidos del poeta novohispano Luis de Sandoval Zapata, sobre el que hice mi tesis. Los publicó en *sábado*. Un tipo que se llama Gerardo Torres escribió una protesta, decía que yo le había robado el descubrimiento. Le contesté con bastante mala leche. Batis publicó mi respuesta y me invitó a colaborar en el suplemento. Así empecé una columna que mantuve durante cinco años casi semanalmente y luego de forma más esporádica.

Sabía de su mal genio y de que era déspota, pero yo tenía la ventaja de que mi novia y luego primera esposa, Rocío Barrionuevo, trabajaba en *sábado*, así que mandaba mis artículos con ella. Luego lo traté más. Venía con frecuencia a la casa a cenar con nosotros y traía a su pareja, Patricia González, a quien acababa de conocer. Íbamos juntos a bares y tugurios.

Dejé de verlo por bastante tiempo. Supe que habló mal de mí y no sé por qué, él era así. Creo que aplica el refrán: "De que la perra es brava, hasta a los de casa muerde". Lo volví a ver cuando ya estaba muy enfermo. Asistí a un homenaje que le hicieron en la sala Manuel M. Ponce y me alegró de haberlo hecho, porque para mí fue una especie de figura paterna.

Aportó mucho a la literatura e hizo mucho bien a la mayoría de escritores de mi generación. Tenía un gran sentido del humor, era muy agudo, con chispazos de ingenio. Sus libros de memorias *Lo que "Cuadernos del viento" nos dejó* y *Por sus comas los conoceréis* serán lectura obligada para quienes estudien la literatura mexicana del fines del siglo XX.

**FERNANDA SOLÓRZANO:  
"NOS TUVIMOS UN RESPETO MUTUO"**

**ESTABA TERMINANDO** la carrera de Letras cuando me uní a la redacción de la revista *Viceversa*, donde Mónica Braun era editora. Ella también colaboraba en *sábado*, de *unomásuno*. Un día me dijo que Naief Yehya, quien escribía la sección de cine en el suplemento, se iba a vivir fuera y necesitaban a alguien para comentar semanalmente los estrenos en México.

Mónica tenía una buena relación con Huberto y se ofreció a presentármelo. Dije: lo peor que puede pasar es que no pase nada. Yo sabía de la personalidad iracunda de Huberto, pero no le tengo miedo a las personas explosivas, sé que se desahogan y dos minutos después están tranquilas. Junté textos sueltos que había publicado y fuimos a ver a Huberto. Ese día me propuso hacer una nota de prueba. Era 1996: hablé sobre *Belleza robada*, de Bernardo Bertolucci. La publicó y así empecé a escribir en *sábado*. Lo hice durante cuatro años.

Aunque podría pensarse que yo estaba en desventaja, porque era una chava sin experiencia ante un editor prestigiado, nunca me sentí así. Nuestro diálogo siempre fue muy cordial, se pasaba horas platicando conmigo, contándome anécdotas. Él fue fundamental en sembrarme la confianza de que existen muchas maneras de dialogar con hombres que están en una posición de poder. Nos tuvimos un respeto mutuo: yo, hacia su figura de editor y él, hacia el compromiso que asumí de escribir con rigor cada semana. Lo recuerdo con gran afecto. ■



*Los vagones anaranjados forman parte de la realidad cotidiana de los capitalinos, pero hace años el escritor Vicente Alfonso vino a la Ciudad de México, en calidad de joven reportero llegado del norte, y tuvo que reconciliarse con ellos hasta convertirlos en espacio privilegiado de lectura y paisaje apetecible para la creación literaria. Este texto forma parte del ciclo Los escritores viajan en el Metro, que consta de charlas en el museo de este sistema de transporte colectivo, como inicio de la celebración por sus cincuenta años de existencia.*

# EL METRO

## HISTORIA DE UNA RECONCILIACIÓN

VICENTE ALFONSO

**D**ado que nació y creció en Torreón, una seca ciudad del norte de México, mi relación con el Metro se inició tardía, difícilmente y llena de malentendidos. Eso no impide que dos de mis primeros recuerdos tengan como escenario un vagón anaranjado. El primero proviene de cuando tenía yo unos tres años y es más una colección de imágenes que una memoria articulada: comienza con una multitud empujando para entrar a un vagón, una marea humana que me arrastra y me suelta de la mano de mi madre. Alcanzo a distinguir apenas un retazo de su abrigo. Vienen después dos puertas cerrándose sobre mi brazo infantil mientras intento zafarme. Cuando comprendo que no lo lograré la busco desesperado, sólo para toparme con sus ojos asustados... No supe más. Me han contado que alguien tiró de la manija de emergencia.

El otro es una anécdota que aún se escucha en las reuniones de familia. Un hecho de sangre que mi madre atestiguó hace años a bordo de un vagón. El caso es que el niño que fui nunca se llevó bien con el Metro, quizá porque, desde la lejanía del desierto, mi familia asumía ese medio de transporte como la objetivación de esta furiosa capital, a la que mi abuela se refería como *esa ciudad de locos*. Me queda claro que no era la naturaleza subterránea de ese transporte la que ocasionaba los prejuicios, pues mi familia se ha dedicado por casi trescientos años a la minería, oficio que presupone pasar periodos prolongados bajo tierra y desplazándose por túneles.

Los siguientes acercamientos al Metro, ocurridos en mi adolescencia, fueron por completo literarios. El primero fue leyendo "La fiesta brava", cuento de José Emilio Pacheco que Ana Clavel mencionó durante su participación en este ciclo. Yo lo leí en forma de historietita, en una edición que todavía conservo y que por sus características se asemeja mucho al libro vaquero. Aunque no lo recuerdo con precisión, sé que el cuento

### VICENTE ALFONSO

(Torreón, 1977), narrador y periodista, es autor de las novelas *Partitura para mujer muerta* (2008) y *Huesos de San Lorenzo* (2015), entre otras, además de las crónicas reunidas en *Aquí se pudre todo*.



Foto > Especial

del maestro Pacheco me transmitió una suerte de zozobra relacionada con andenes y túneles, confirmando la red subterránea como un oscuro territorio donde cualquier cosa podía ocurrir. Sucedió lo mismo años más tarde, cuando estudiaba en la Universidad Autónoma de Nuevo León y encontré en *Los rituales del caos* una crónica dedicada al subterráneo capitalino. Bajo el subtítulo "Viaje hacia el fin del apretujón", don Carlos Monsiváis documentó mi pesimismo con frases como "Si es falso que donde comen diez comen once, es verdad que donde se hallan mil se acomodarán diez mil" y "El metro anula la singularidad, el anonimato, la castidad, la cachondería; todas éstas son reacciones personales en el horizonte donde los muchos son el único antecedente de los demasiados. Aquí entrar o salir da lo mismo". Aunque no podía entenderlo entonces, la crónica de Monsiváis es una

ácida celebración de la pluralidad, si bien en ese momento la leí como una advertencia para los foráneos que, por caprichos del destino, cayéramos en subsuelo chilango.

Quiso el destino que a fines de 2004 me mudara yo a la capital para ganarme la vida como reportero. En ese momento el Metro tuvo un papel clave, pues me permitió trazar el primer esquema mental de una megalópolis que no conocía, y que desde entonces se jactaba de hacinar a veinte millones de habitantes. "Si te pierdes, sólo pregunta dónde está la estación más cercana", me aconsejaron mis primeros guías, en una sabia recomendación que hoy suelo repetir a los recién llegados aun en esta época de teléfonos inteligentes. Durante los últimos catorce años el Metro ha sido mi transporte preferido, entre otras razones porque permite hacer dos cosas al mismo tiempo: leer y desplazarse.

“‘SI TE PIERDES, SÓLO PREGUNTA DÓNDE ESTÁ LA ESTACIÓN MÁS CERCANA’, ME ACONSEJARON MIS PRIMEROS GUÍAS, EN UNA SABIA RECOMENDACIÓN QUE HOY SUELO REPETIR A LOS RECIÉN LLEGADOS AUN EN ESTA ÉPOCA DE TELÉFONOS INTELIGENTES”.



**“UN HOMBRE CON FUERTE ALIENTO A ALCOHOL ENTRA DE PRISA EN UN VAGÓN, SUJETÁNDOSE EL ABDOMEN CON LAS MANOS Y CHORREANDO SANGRE. ES EVIDENTE QUE ALGO HA SUCEDIDO, PERO ¿QUÉ?”.**

Entre las lecturas que más he disfrutado en un vagón recuerdo sobre todo dos: la primera es *El perseguidor*, el célebre cuento-*nouvelle* de Julio Cortázar, pues en sus páginas *el subte* juega un papel fundamental. Ahí, el Metro parisino es un espacio de privilegio que le permite al saxofonista Johnny Carter vivir de otra manera el tiempo. A bordo los minutos se estiran, permiten pensar y vivir mucho más cosas. Transcribo aquí un párrafo:

El *métro* es un gran invento, Bruno. Un día empecé a sentir algo en el *métro*, después me olvidé... Y entonces se repitió, dos o tres días después. Y al final me di cuenta. Es fácil de explicar, sabes, pero es fácil porque en realidad no es la verdadera explicación. La verdadera explicación sencillamente no se puede explicar. Tendrías que tomar el *métro* y esperar a que te ocurra, aunque me parece que eso solamente me ocurre a mí.

La otra lectura memorable es un extraordinario poema de Mijail Lamas que también tiene que ver con túneles y trenes:

Nos hemos separado,  
en el metro tú aborras  
vagón para mujeres.  
Yo voy entre los hombres,  
que no se ven de frente  
y van apretujados.  
Como yo, más de alguno  
de los que viajan solos,  
tendrá en otro vagón  
su compañera;  
sin embargo,  
cosa buena sería  
hablar entre nosotros  
de las que viajan solas,  
de lo bellas que son,  
de lo tristes que van  
sin nuestra compañía,  
pensando sin mirarse,  
en nuestra soledad  
callada de varones.  
Pero en otra estación  
volvemos a encontrarnos.  
Todo se reestablece.  
Sobre tu propio pulso,  
que acercas a mi tacto,  
yo he ido construyendo  
estas palabras.

El Metro ha resultado también el contexto donde ocurren varios de mis cuentos. Recuerdo sobre todo dos, contenidos en el volumen *Contar las noches*, publicado por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. El primero, “Diagnóstico preliminar”, comienza cuando un hombre con fuerte aliento a alcohol entra de prisa en un vagón, sujetándose el abdomen con las manos y

chorreando sangre. Es evidente que algo ha sucedido, pero ¿qué? Lo escribí recién llegado a la Ciudad de México, quizá por eso transcurre en una atmósfera de indefensión. El segundo, en cambio, es la reelaboración literaria de un fenómeno que tristemente ha crecido en el país y que, como el Metro y la minería, también tiene que ver con el subsuelo. Me refiero

a la desaparición forzada. Lleva por título “Señas particulares” y lo escribí a partir de una visión: un tablero de avisos lleno de carteles con los datos y las fotos de mujeres, niños, ancianos y hombres desaparecidos.

Los vagones y andenes han sido mucho más que un espacio para la lectura y un paisaje para mi escritura. **■**



**exposiciones**

**AFRIC  AMERICANOS**



Fotografía: Bruno Moraes y Cristina de Middel

Cerca de 400 fotografías, proyectos y documentales sobre las realidades de afrodescendientes, elaborados por artistas provenientes de diversos países latinoamericanos.

**CENTRO DE LA IMAGEN**  
Plaza de la Ciudadela 2, col. Centro Histórico  
Mié a dom, 10:00 a 19:00 h • Entrada libre\*  
Hasta noviembre 4

**música**

En **22** FESTIVAL INTERNACIONAL DE PIANO

**Blanco & Negro**

Curaduría Lázaro Azar

Del 1 al 30 de septiembre

**CENTRO NACIONAL DE LAS ARTES**  
Auditorio Blas Galindo  
Río Churubusco 79,  
esq. Calzada de Tlalpan  
Col. Country Club

Consulta la programación en:  
[www.gob.mx/cultura](http://www.gob.mx/cultura)

**teatro**



**LA REINA ROJA.**  
**EL VIAJE AL XIBALBÁ**

Recreación del entierro de Tz'ak-b'u Ajaw. Podrás apreciar el pectoral y máscara funerarios de una de las mujeres más poderosas de Palenque, consorte de Pakal.

**■ MUSEO DEL TEMPLO MAYOR**  
Seminario 8  
Col. Centro Histórico  
Mar a dom, 9:00 a 17:00 h  
Hasta septiembre 9



**TESOROS DE LA HISPANIC SOCIETY OF AMERICA**

Por primera vez en México una colección con más de 200 piezas entre manuscritos, esculturas, objetos decorativos y creaciones maestras de representantes de la pintura española como Francisco de Goya y Diego Velázquez.

**■ MUSEO DEL PALACIO DE BELLAS ARTES**  
Av. Juárez y Eje Central  
Col. Centro Histórico  
Mar a dom, 10:00 a 18:00 h  
Hasta septiembre 23



**LA PRIETTY GUOMAN**

Dramaturgia y dirección: César Enríquez.

La vida de una chica transgénero, osada y divertida, llega a escena. Una propuesta que se apoya del género de cabaret para hacer conciencia sobre el derecho a ser diferente y erradicar la transfobia.

**■ CENTRO CULTURAL HELÉNICO**  
Foro La Gruta  
Av. Revolución 1500  
Col. Guadalupe Inn  
Jue, 20:30 h  
Hasta septiembre 27

\*Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

[www.gob.mx/mexicoescultura](http://www.gob.mx/mexicoescultura) | [www.gob.mx/cultura](http://www.gob.mx/cultura) | síguenos en:  /SecretariaCulturaMx  @cultura\_mx

LA NOTA  
NEGRA

Por  
**FRANCISCO  
HINOJOSA**

@panchohinojosa

## DE CURAS E INCURABLES

**PENSILVANIA** es un pequeño estado del oriente de Estados Unidos con una mayoría de población blanca (87.6 por ciento). Aunque su capital, Harrisburg, apenas alcanza los 50 mil habitantes, las ciudades más pobladas y conocidas son Filadelfia y Pittsburgh. La primera, por sus raíces etimológicas, significa "ciudad del amor fraternal" debido a su carácter de tolerancia religiosa. La segunda es considerada una de las ciudades más habitables de la Unión Americana. Entre ambas poseen dos equipos de las grandes ligas de beisbol, otros dos de la NFL, uno de basquetbol, otro de futbol soccer y dos más de hockey, con varios títulos ganados en cada deporte.

Ahora Pensilvania posee un reconocimiento vergonzoso: gracias a las investigaciones de la Corte Suprema del estado, se sabe que más de mil niños fueron abusados por trescientos sacerdotes católicos en los últimos setenta años. Aunque el Vaticano tenía noticias de dichos actos desde 1963, según nota de Joan Faus en *El País* (20 de agosto), la Santa Sede se mostró tolerante, no solamente con los curas pedófilos sino con las autoridades eclesiásticas que los encubrieron. Días después de darse a conocer el informe, el Papa admitió el problema que enfrenta la iglesia desde hace décadas, no sólo en Pensilvania sino en muchas otras partes del mundo: "Con vergüenza y arrepentimiento como comunidad eclesial, asumimos que no supimos estar donde debíamos estar, que no actuamos a tiempo reconociendo la magnitud y gravedad del daño que se estaba causando con tantas víctimas" (*El Clarín*, 20 de agosto). ¡Setenta años después! Los agresores convencían a sus víctimas de que su comportamiento no sólo era normal, sino sagrado. Muchos de ellos están ya muertos. Los vivos, por supuesto, no penan sus castigos tras las rejas y algunos siguen escondidos debajo de sus sotanas al acecho de más víctimas: saben que serán protegidos por la Iglesia.

A finales del año pasado salió a la luz otra investigación de pederastia en Australia: "Decenas de miles de niños fueron abusados sexualmente en las instituciones australianas. Nunca sabremos la cifra, pero cualquiera que sea, supone una tragedia nacional perpetrada por generaciones dentro de nuestras más respetadas instituciones" (*El País*, 15 de diciembre de 2017). ¿Cómo no nos dimos cuenta de algo que estaba pasando frente a nuestros ojos?

En México no faltan ejemplos de estas prácticas. Quizás



“MÁS DE MIL  
NIÑOS FUERON  
ABUSADOS POR  
TRESIENTOS  
SACERDOTES  
CATÓLICOS”.

el más conocido es el caso de Marcial Maciel, un miembro de alto rango del catolicismo, con un pasado delictivo fuera de dudas. A pesar de las múltiples acusaciones en su contra, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana no sólo lo protegió sino que le permitió seguir al frente de los Legionarios de Cristo y continuar con sus prácticas sexuales, sus fraudes y sus extorsiones. En vez de expulsarlo, el Papa Ratzinger, alias Benedicto XVI, quien conocía bien los crímenes que le imputaban a Maciel, sólo le pidió que se abstuviera de seguir al frente de la congregación que fundó y "llevara una vida de oración y penitencia". Las cárceles de todo el mundo estarían vacías si la justicia castigara a los delincuentes con la misma sentencia: orar y arrepentirse de sus crímenes-pedidos. Y por supuesto, el pederasta fue protegido por el entonces cardenal Norberto Rivera, que lo defendió diciendo que las acusaciones eran falsas, pagadas y que se daban en el contexto de "un gran complot para atacar a la misma Iglesia y al Papa Juan Pablo II". La separación de Iglesia y Estado parecería haber tenido el efecto inesperado de colocar a la primera más allá de la justicia.

A propósito de Ratzinger, su hermano Georg dirigió durante treinta años el coro Domspatzer de Ratisbona, perteneciente a una escuela católica. Gracias al imperio de una "cultura del silencio", se facilitó que 547 niños sufrieran abusos de distinta índole por parte, fundamentalmente, de curas que fungían como maestros en dicho colegio.

Las preguntas son: ¿quién protege a los niños?, ¿quién protege a las víctimas?, ¿quién protege a los delincuentes?, ¿se lo habrán cuestionado alguna vez los legisladores y los miembros de la SCJN? Eso sí: que nos les toquen a un hijo suyo porque entonces se enfurecerían y reclamarían ¡JUSTICIA! Aunque el victimario sea un cura incurable. ☐

Con un abrazo a los amigos de Milenio

LA CANCIÓN  
# 6

Por  
**ROGELIO  
GARZA**

@rogeliogarzap

## ARETHA FRANKLIN: EL LENGUAJE DE LOS DIOS

**EL CANTO Y LA MÚSICA** son el lenguaje que los mortales crearon hace unos 60 mil años para comunicarse con los dioses. Sus voces mágicas y religiosas fueron los primeros instrumentos musicales. Aretha Franklin fue la cantante número uno de todos los tiempos, según *Rolling Stone*. Su raíz musical era el góspel que cantaba desde niña en la iglesia bautista de Detroit por ser hija del predicador y mánager C. L. Franklin. Su productor de cabecera en Atlantic, Jerry Wexler, la consideraba *genio musical*. Se ganó el trono de *La Reina del Soul* con una corona de dieciocho Grammys y al cantar era una santa por la magia de tocar el espíritu de los oyentes.

Me tocó en los ochenta, viendo *The Blues Brothers* de John Landis, cuando empezó a cantar "Think" con Belushi y Aykroyd iluminados y sacudiendo la locura. Sabía de Gloria y Donna, pero Aretha era *#LadySoul*. Escribía canciones combativas, era extraordinaria en el piano que aprendió de oído a los once años y hacía mejores versiones que las originales, como "Respect" de Otis Redding, que convirtió en un himno femenino. Fuera de serie y pionera en todo: en 1957 tenía en contra ser mujer, afroamericana, cantante y madre soltera, pero no dudó en participar en el movimiento de los derechos civiles y la equidad de género. Fue la primera mujer en entrar al Salón de la Fama del R&R, al Salón de la Fama del Reino Unido y en recibir las medallas top gabachas: la Nacional de las Artes y la Presidencial de la Libertad. Como símbolo cultural cantó en el funeral de Luther King y en las tomas de posesión de Obama, Carter y Clinton, momentos esenciales en la historia reciente de Estados Unidos y del *black power*.



Fuente > bbc.co.uk

“HACÍA MEJORES  
VERSIONES  
QUE LAS ORIGINALES,  
COMO 'RESPECT'  
DE OTIS REDDING,  
QUE CONVIRTIÓ EN  
UN HIMNO FEMENINO”.

Aretha Franklin sacó el góspel de los templos y lo llevó a las calles. Encarnó la canción de Hurley/Wilkins, "Son of a Preacher Man", cuya versión es entrañable y más grasosa que la de Dusty Springfield. A la tesitura media de su voz *mezzosoprano* le agregó el secreto para ser tan emocional y conmovedora, explica Wexler: el fraseo perfecto y el rango vocal de cuatro octavas con su particular melisma, las variaciones tonales de una sílaba, técnica que en la antigüedad se utilizó para inducir un *trance hipnótico* a través del canto. La última vez que se presentó fue en 2017 en Nueva York, en un concierto de la fundación de Elton John contra el VIH. Creo que no se le escapó ningún género ni estilo afroamericano en sus cuarenta álbumes y más de 120 sencillos, spiritual, góspel, soul, blues, jazz, r&b, rock and roll, doo-wop, funk, pop, reggae, hasta ópera en los Grammys de 1998... con razón también era llamada *la voz de la América negra*. ☐

**O. ADVERTENCIA:** si vives en el desierto no compres una tornamesa.

1. A los 8 años me interné en el cuarto de los tiliches de la casa de mi abuelo y descubrí un 8 track.
2. Mi primer vinyl fue el *Kill 'Em All*. El vinyl agonizaba. La necesidad de la música portátil lo desbancó. El casete lo sepultó así como el video mató a la estrella de radio. Luego el CD hizo lo propio con el casete. Luego el mp3 mataría al CD. Luego el vinyl regresaría del mundo de los muertos. Más caro.
3. Mientras todos sucumbían al *revival*, yo era fiel a las descargas gratuitas. Entonces un *date* me regaló unos vinyles.
4. Recuerdo la primera vez que vi un CD en el aparador de una tienda de discos. Era *Delicate Sound of Thunder* de Pink Floyd. Era 1988. El primer CD de la historia se había lanzado seis años antes, en 1982 se puso a la venta *52nd Street* de Billy Joel.
5. La música es como el amor, un salto de formato en formato. Y un regreso de vez en cuando.
6. Me deshice de los vinyles que me dio mi *date*. Que otros presumieran su nostalgia impostada, yo era feliz con mi iPod.
7. No me dolió desprenderme de los vinyles. Ni me arrepentí. Aunque terminé comprándolos para volverlos a tener.
8. Convivi con los adeptos al vinyl un tiempo sin deseos de convertirme en parte de la comunidad. Esa nueva logia de adinerados que se gastaban en un solo disco el valor de un par de botellas de Jack Daniel's.
9. La maldición regresó a mí en forma de dádiva una vez más. Mi amiga Albertine me trajo de Austin una tornamesa portátil en forma de maletín y el *Back in Black* de AC/DC.
10. Debí largarme como Jesús al desierto. Sin embargo, la mejor manera que encontré para combatir la encrucijada que se me presentaba fue comprarme *The Essential Bob Dylan*.
11. A los fanáticos del vinyl no les importa el sonido. Aunque digan lo contrario. Hay excepciones, claro. Pero la mayoría acepta tornamesas baratas con agujas de plástico.
12. No puedes ser adicto al vinyl y oírlo a un nivel bajo. Qué nefando oír tu música en bocinas para computadora.
13. Sin sospecharlo caí en la trampa. Me compré una tornamesa pro. Una Pioneer para DJ de motor.
14. La compulsión por comprar vinyles me mordió con virulencia. De dos pasé a conformar una colección de cuatrocientos en menos de diez meses.
15. Nada me encabrona más que el *+EP* de The Brian Jonestown Massacre no incluya "Leave it Alone". La versión digital sí lo incluye. Lo mismo con "Cease fire" de Thurston Moore. No viene en el vinyl de *Rock n roll consciousness*.



**“ SIN SOSPECHARLO**

**CAÍ EN LA TRAMPA.**

**ME COMPRÉ UNA**

**TORNAMESA PRO.**

**UNA PIONEER PARA**

**DJ DE MOTOR”.**

16. Los amantes del vinyl son unos culeros. Nadie me advirtió que una tornamesa necesita de los mismos cuidados que un recién nacido. Todo mundo idealiza los vinyles pero nadie te habla de la estática. De que la aguja necesita calibrarse. De que debes limpiarlos antes y después de tocarlos. Tremenda bronca en la que se mete uno sin darse cuenta.

17. Pocas cosas son tan detestables como los vinyles cuádruples. Darle vuelta a ocho caras de vinyles le echa a uno a perder cualquier idea de romanticismo. Si estás charlando, cogiendo, etcétera, tienes que interrumpir lo que sea que estés haciendo para atender a la torna. Resulta más demandante que cualquier relación codependiente.

18. Así como el vinyl es el peor enemigo de la colegiatura, varias veces he estado tentado a darle clic en Amazon y gastarme hasta la renta, el polvo del desierto es el más acérrimo detractor de la tornamesa. Es como el mito de Sísifo.

19. Las pedas y los vinyles no se llevan. Si estás eufórico y quieres escuchar una rola dos veces es un pedo. Con el CD sólo retrasabas el *track*. Aquí tienes que parar todo para regresar la aguja. Pero nunca le atinas al surco. El vinyl no sufre pero siempre corres el peligro de chingar la aguja.

20. Una vez enviado en el vinyl te preocupas por tener una aguja de la mejor calidad. Y si eres lo suficientemente pendejo como yo vas a comprarte una de 4 mil 500 pesos. Son agujas tan delicadas que luego calibrar la torna es un reto tan grande como escribir una novela de quinientas páginas.

21. Nadie te alecciona tampoco de que existe una técnica para tocar vinyles. Que debes usar la palanquita para mover el brazo. Nunca hacerlo directamente del cabezal. Que debe caer desde arriba y lentamente para que si no cae en el surco de primera pueda acomodarse fácilmente con la caída.

22. Nada emputa como comprar un vinyl por correo y te llegue pandeado.

23. Algunas noches despierto gritando: tengo más de dos años con la torna y todavía tengo pesadillas con el *antiskating*. ☑

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@charfornication

VINYL IS NOT  
DEAD  
JUST SMELLS  
FUNNY

**EL DESEMPLEO** se extiende por las salas de redacción de los periódicos, por los canales televisivos y aun por los portales digitales. El alacrán ha padecido los efectos de estas sacudidas y, estoico, observa el campo de batalla desde el fondo de su grieta en el muro. Pero el arácnido no está solo, lo acompañan otros también afectados por los acontecimientos, quienes le sugieren una solución —digamos político-económica— para enfrentar la incertidumbre. La propuesta luce audaz, pero así lo demanda nuestro *tiempo líquido*.

El venenoso abrevia: se trata de formar un Observatorio Ciudadano de la Contradicción, OCC —encabezado por representantes ilustres de la sociedad civil—, cuya tarea será recabar estadística, mediciones y casuística general (demoscopia, pues) de las contradicciones de nuestras instituciones políticas (y sus políticos), para establecer diagnósticos, una narrativa del problema y sus remedios.

Sus amigos ilustran al artrópodo con los pasos a seguir: armar el equipo con recién egresados itamitas, del CIDE, un estadístico de la Ibero y los infaltables sociólogos de la UNAM (con paridad de género, *but of course*). Invitarlos a trabajar un mes en la elaboración de los estudios preliminares con la promesa de pago en cuanto llegue el financiamiento. Con los resultados de su investigación en la mano, el escorpión deberá registrar su OCC como organización de la sociedad civil y darse de alta en cuanto directorio oficial sea posible, así como ante otras ONGs.

Finalmente, el proceso para obtener financiamiento. Antes, le recomiendan al alacrán visitar alguna tienda de diseñador y salir ataviado de manera elegante pero nada tradicional, con especial atención en los zapatos (modernos, *avant garde*, llamativos), todo muy *cool*, le insisten. Luego debe rentar



Fuente > rockstiprints.usa.com

**“LOS PASOS A SEGUIR:**

**ARMAR EL EQUIPO CON**

**RECIÉN EGRESADOS**

**ITAMITAS, DEL CIDE,**

**UN ESTADÍSTICO**

**DE LA IBERO Y**

**LOS INFALTABLES**

**SOCIÓLOGOS**

**DE LA UNAM”.**

(o en su defecto llamar vía Uber), una camioneta de lujo pero mediana y, acompañado por dos jóvenes del OCC (ella y él, alguno con tatuajes), dirigirse hacia el objetivo.

Lo siguiente fue a *sotto voce*: debe seguir el rumbo de Las Lomas, allá por Reforma y Prado Norte, donde en alguna cima se ubica la oficina concentradora de recursos provenientes de grandes empresas del sector privado, cuya misión es otorgar liquidez a las organizaciones de la sociedad civil más aplicadas.

Ahí, con parsimonia y soltura, el escorpión se ubicará en una mesa larga de oficinantes pedidos, quienes, aclarándose la voz con un *expresso*, esgrimirán las razones por las cuales sus proyectos deben ser financiados primero y con mayores recursos. Este es el punto clave, presionan al venenoso. Salir de ahí con uno o dos millones garantiza la existencia de la OCC por al menos seis meses... y eso es sólo el principio. ☑

## EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por  
**ALEJANDRO DE LA GARZA**

@Aladelagarza

OBSERVATORIO  
DE LA  
CONTRADICCIÓN

## FILO LUMINOSO

Por  
NAIEF YEHYAEL INFLITRADO  
DEL KKKLAN  
DE SPIKE LEE

V aliéndose de un simple teléfono para ocultar su color de piel, Ron Stallworth, el primer policía negro del departamento de Colorado Springs, logró ser reclutado por el Ku Klux Klan, en 1978. Para lograrlo, Stallworth, quien era un novato entonces, contó simplemente con su destreza para hablar como "blanco", es decir suprimir el acento que los racistas aseguraban es característico e inocultable de los negros (lo cual es el tema de la reciente *Sorry to Bother You*, de Boots Riley). Spike Lee ha hecho en su cinta *El infiltrado del KKKlan* una oportuna, mordaz y deslumbrante adaptación del libro en que Stallworth cuenta sus memorias, no sólo para celebrar un increíble golpe maestro en contra de esa organización, sino también como una señal de alarma del deterioro social y la renormalización de los ideales del nacionalismo blanco en Estados Unidos.

Muy significativamente, la cinta comienza con la famosa escena de los heridos que yacen alrededor de la estación de tren de Atlanta en *Lo que el viento se llevó* (Victor Fleming, 1939), ese océano de dolor y derrota, a la sombra de la bandera desgarrada de la Confederación, que Scarlett O'Hara recorre desconsolada. Pero si aquella imagen intentaba marcar el final de una era, poco después tenemos a un fanático racista (Alec Baldwin) grabando un mensaje de odio y un llamado a la *América blanca*. Antes del desenlace del filme, Lee introduce otra referencia cinematográfica: *El nacimiento de una nación* (D. W. Griffith, 1915), cinta que originalmente se llamaba *The Clansman* y que muestra a los integrantes del KKK como gallardos héroes de la patria que sólo buscan defender a los blancos del salvajismo cruel de los negros. No solamente esta cinta controvertida fue proyectada en la Casa Blanca para Woodrow Wilson, sino que impulsó el renacimiento del KKK e inspiró rituales como la quema de cruces. El trabajo filmico de Griffith fue revolucionario y técnicamente sorprendente (coloración, *close ups* que contrastan con amplias tomas de batallas). Es un ejemplo paradójico de propaganda espléndidamente bien filmada que, aparte de efectos y una partitura para orquesta (que incluía la *Cabalgata de las valquirias*, de Wagner, el tema del KKK al rescate), desarrolló el potencial dramático del cine, con lo que alcanzó su definición como arte, espectáculo popular y vehículo político. Mientras los miembros del Klan ven la película y aúllan de emoción, Lee contrasta esas imágenes con fotos del linchamiento de Jesse Washington en Waco, Texas, en 1916, narrado por Harry Belafonte.

Ron representa una idea del orden y la justicia, y se debate por cumplir con su trabajo a pesar de entender la perversidad del sistema. Su primera encomienda es espionar una conferencia de Kwame Ture (Corey Hawkins) frente a la organización de estudiantes negros de la universidad de Colorado. Ahí conoce a la presidenta de la organización, Patrice Dumas (Laura Harrier), de quien se enamora, con lo que su lealtad queda aún más comprometida. Ron cree que puede hacer más desde adentro de la policía que desde afuera y de esa manera personifica uno de los debates más irresolubles de la militancia política. Cuando David Duke (Topher Grace) visita esta ciudad, Ron es asignado para cuidarlo en una decisión paradójica, ya que lo exponen a ser descubierto, pero a la vez es una taimada y humillante provocación contra el líder del grupo racista.

A finales de los años setenta, el KKK trataba de crear una imagen más apropiada para ese tiempo. Sus integrantes echaron mano del lenguaje progresista que las minorías usaban para validar sus reclamos de justicia e igualdad, y así *suavizar* su imagen. Ya no luchaban por la pureza racial sino por preservar la herencia y el legado de la cultura blanca. Duke, el líder supremo o Grand Wizard, redefinió su puesto como director nacional de la organización, dando así una apariencia corporativa al grupo. Duke participaba en *talk shows* televisivos y cultivaba vínculos con miembros del partido republicano



Foto &gt; Especial

para llevar al KKK al *mainstream* político y convertirlo en una institución respetable, contendiente para los altos círculos del poder. En una de las escenas claves del filme, el sargento Trapp (Ken Garito) le explica a Ron (John David Washington), quien acaba de ingresar a la fuerza pero quiere ser detective encubierto, que el KKK busca enfocarse en una estrategia electoral que enfatice las diferencias en temas polémicos como la inmigración, la seguridad social y las reformas fiscales. Ron explota en carcajadas, incrédulo de que estos racistas encubiertos con sábanas sean capaces de aspiraciones tan altas: "Estados Unidos nunca elegirá a alguien como Duke para presidente". Hoy sabemos lo mucho que se equivocaba.

Uno de los mejores filmes de Spike Lee es *Malcolm X* (1992) y hay muchos vínculos entre esa cinta y esta, incluyendo que el protagonista aquí es el hijo del protagonista de aquella, Denzel Washington, y que ambos mantienen una actitud de gran dignidad ante la desesperanza y frustración. Ambas películas son ejemplos de un cine vital y apasionado pero cargado de ideas, a veces contradictorias, optimistas y cínicas, pero que ofrecen un vertiginoso caleidoscopio de la cultura revolucionaria de los setenta. Aquí Lee nos lleva de lo hilarante a lo trágico, sin descender al panfleto. La visión política de este director no es nunca simple ni dogmática, y si bien no va a reivindicar el simplismo ideológico del KKK, nos muestra a un grupo de incompetentes sumergidos en la cultura de la victimización, la ignorancia y la venganza, que a pesar de su torpeza reflejan bien a los asesinos de la *4 pequeñas niñas* (1997) en Birmingham, sobre las que dirigió un poderoso documental.

Las referencias al régimen de Trump, quien ha sido elogiado por Duke y muchos otros fascistas de la extrema derecha y el *alt right*, van de lo sutil a lo evidente y, tras un final perturbador, se desliza a las imágenes de Charlottesville del año pasado y al enfrentamiento entre la derecha y los antifascistas que terminó en el asesinato de la manifestante Heather Heyer. La cinta es un ensayo sobre la representación del afroamericano en el cine, pero también sobre uno de los elementos que provoca el racismo y la segregación: hacerse pasar por lo que no se es. Mientras Ron mantiene conversaciones telefónicas con el líder local del KKK, su compañero, Flip Zimmerman (Adam Driver), se encarga de reunirse con ellos. Flip es judío, pero asegura nunca haberle dado importancia pues se creía "otro blanco más", pero al imitar la retórica racista y antisemita se transforma. Ron se convierte en policía, en espía de los activistas negros e integrante del KKK. La policía trata de modernizarse, mientras los miembros del grupo supremacista quieren pasar por tolerantes. Tres tribus chocan, intentan destruirse y convivir, pero sólo el camaleónico Ron tiene la habilidad de transitar entre los grupos; y si bien su estrategia es exitosa, al final sólo queda la ira para defender la decencia y la humanidad. ■

“LEE NOS LLEVA  
DE LO HILARANTE  
A LO TRÁGICO,  
SIN DESCENDER  
AL PANFLETO.

LA VISIÓN  
POLÍTICA DE ESTE  
DIRECTOR NO ES  
NUNCA SIMPLE  
NI DOGMÁTICA”.